

testigo de estratagemas
y invenciones cavilosas
con que persiguió á mi padre,
impidiéndole las glorias
de tanta hazaña sin premio:
¿la malicia que no estorba?
El otro es mi capitán,
que escribió con tinta roja
la sentencia de su muerte
bien dada, aunque lastimosa.
Si por volver por mi padre
y castigar afrentosas
travesuras de perdidos,
Vuestra Majestad se enoja
y contra los dos se indigna,
sus plantas invictas ponga
sobre estas cabezas fieles,
premiarlas si las postra.
REINA. Tiene, alférez, la verdad
tanta fuerza, vencedora
de retóricas mentiras
con que invenciones adorna,
que fácil me persuadís;
y por lo que se aficiona
á vuestro valor el mío,
por vos la piedad abona.
Ya yo os tengo perdonado
el rigor con que me informan
que traviesos castigasteis
que su profesión desdoran.
La muerte del Pagador
y el capitán insta ahora,
por haber parte que pida
información más copiosa.
Averigue yo haber sido
como decís, que patrona
vuestra, saldréis capitán,
puesto que de edad tan poca.
De la prisión que os señalo
á los dos, no os dé congoja,
que vuestras guardas serán

mis monteros de Espinosa.
Iréis sin armas con ellos,
y cerca de mi persona
haré, guardándoos justicia,
más alarde de piadosa.
El rey mi señor pretende,
eclipsando Lunas moras,
presentarme una Granada
que blasfemos arrinconea.
Allí veré de la suerte
que sirviendo á mi corona
pagáis cargos con que os premio
y triunfáis de envidias locas.

GONZALO. Viva más que tiene granos
esa Granada, señora,
siglos tanta discreción.

PIZARRO. Semíramis española
os llame desde hoy Castilla
tanto mejor que la otra,
cuanto ejemplo de pureza
y virtud la fama os nombra.
Si otro Orbe Colón descubre
en vuestras minas hermosas
os hago pleito homenaje
de no volver á las costas
de España mientras no os diere
más oro y plata, más joyas
que cuando dueño del mundo,
triunfó de sus partes Roma.
Cumplid, Hernando Cortés
presagios con que os pregonan
los cielos por igual mío;
haced vuestra fama heroica,
que si parece imposible
á la envidia que proponga
locuras en la apariencia
y de escucharlas se asombra,
en la comedia segunda
saldrá la verdad piadosa
que donde hay valor y dicha,
todo es dar en una cosa.

COMEDIA FAMOSA

AMAZONAS EN LAS INDIAS

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

MENALIFE.

MARTESIA.

GONZALO PIZARRO.

FRANCISCO DE CARAVAJAL.

DON DIEGO DE ALMAGRO.

DON GARCÍA DE ALVARADO.

TRIGUEROS, *gracioso.*JUAN VALSA, *soldado.*

VACA DE CASTRO.

ALONSO DE ALVARADO.

DOÑA FRANCISCA PIZARRO.

EL CAPITÁN ALMENDRAS.

HIÑOJOSA.

CUATRO SOLDADOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tocan á guerra y salen peleando MENALIFE, MARTESIA y otras Amazonas; la primera con hacha de armas, la otra con un bastón y todas con arcos y aljabas de flechas á las espaldas, y contra ellas españoles bizarros, entre los cuales salen FRANCISCO CARAVAJAL y GONZALO PIZARRO; llena éste la rodela de flechas, y retirando á MENALIFE, sin sacar la espada, van peleando entrando y saliendo, hasta que quedando solos DON GONZALO y MENALIFE, dicen:

MENALIFE.

Matadme estas arpías
que con presencia humana,
el privilegio á nuestra patria quiebran,
no pierdan nuestros días
la integridad antigua, aunque inhumana,
que ilustran tantos siglos y celebran.
No estas arenas pisen
plantas lascivas de hombres,
que obscureciendo nuestros castos nombres,
cobardes por el mundo nos avisen
que no sabemos abatir coronas.
¡A ellos, invencibles amazonas!

MARTESIA.

¿Qué importa el animarnos?
¿El dar voces, qué importa,
si en ellos ni el hacha de armas corta,
ni las flechas victoria pueden darnos?
Pues con poblar esas regiones sumas
(temblando el sol de verlas)
el ánimo perdemos con perderlas
y adornando sus galas,
en vez de darles muerte les dan alas.

ESCENA II

DON GONZALO PIZARRO y MENALIFE.

GONZALO.

¡Oh, región belicosa!
¡Oh, sol, que en el ocaso donde mueres,
por guarda de tu pira luminosa
influyes tal valor en las mujeres!
¿Qué prodigio, qué encanto
en pechos femeniles puede tanto?
Las fábulas que en Grecia
Alejandro (por ser de Homero) preciá,
á Palas eternizan,
á Tomiris pirámides levantan
y á la madre de Nino solemnizan,
mienten (por más que sus historias cantan)

si con éstas se atreven
á competir (por más valor que prueben).
¡Que en los límites últimos del orbe,
armada la hermosura
nuestro valor estorbe,
y en trance de tan bélica fortuna
nos ponga una República, que, sola
sin admitir varones,
forma del sexo frágil escuadrones
y se atreve á sacar sangre española!
Aquí naturaleza
el orden ha alterado,
que por el orbe todo ha conservado,
pues las hazañas junta á la belleza.
¡Vive, pues, mi valor el cielo vive,
que, aunque á sus manos muera,
no he de sacar la espada que apercibe
á la infamia, ocasión si sale fuera
y en sangre femenil su temple esmata;
supla el esfuerzo, si el acero faltal

MENALIPE.

Hombre, ¿por qué no miras
mortales amenazas de mis iras?
¿Por qué si te defiendes
(la espada ociosa) mi valor ofendes?
A furia me provocho;
ó me tienes en poco
ó ya desesperado
á mis manos morir quieres honrado.

GONZALO.

Armigera Belona,
los que nacieron como yo al respeto
que la fama corona
obligados, y estiman el conceto
en que el valor los pone,
adoran las bellezas;
y por más que ocasione
el peligro su enojo, las noblezas
en defender las damas se ejercitan
y en fe de esto su amparo solicitan.
Amarlas y servir las
es sólo mi blasón, pero no herirlas.

MENALIPE.

¿Agora cortesías?
¡Qué mal conoces presunciones mías,
si juzgas por favor estos rigores!
Aguarda y llenaréte de favores. *(Dae un golpe.)*

GONZALO.

Bizarro aliento, airosa valentía,
feliz región que prodigiosa cría
en tan remota parte
á Venus tierna, transformada en Marte.
La industria, esta vez sola,
sin armas ofensivas
acredite mi sangre, que, española,
refrenando las manos vengativas
sabe, sin ofender tales bellezas,
vencer peligros y lograr destrezas.
(Entranse, retirando don Gonzalo á Menalipe, sin sacar la espada.)

ESCENA III

Salen CARAVAJAL y MARTESIA, peleando.

MARTESIA.

No tengo de matarte aunque pudiera;
que si lo apeteciera,
aunque su esfuerzo en ti depositara
cuanto vigor, aliento, bizarría,
tu heroica sangre cría;
aunque Alcides en ti resucitara
su espíritu gigante,
(aquél en cuyos hombros
eternizando asombros
pedestal de los cielos con Atlante
fió su alivio en ellos),
hay más valor en mí, que en todos ellos.

CARAVAJAL.

¿En qué anales, archivos ó memorias
has aprendido historias,
si en tan remoto clima
(¡oh, bárbara arrogante, toda enigma!)
no hay quien saber presume
los útiles desvelos de la pluma?
¿Cómo hablas el idioma
que España (por sus ruinas) ferió á Roma?
¿Quién te enseñó el estilo
de la elocuente lengua castellana?
que puesto que hasta el Nilo
haya llegado, y á la zona indiana,
preceptos elegantes,
aquí, no, que hasta agora
el mundo todo este girón ignora.

MARTESIA.

Dudas discreto; pero no te espantes
que tal divinidad mi pecho encierra
que oráculo soy, pasmo de esta tierra.
Los hombres y los brutos
veneran mis preceptos absolutos;
los tigres, los leones,
sierpes y basiliscos,
habitadores de esos áridos riscos,
vendrán (si los convoco) en escuadrones;
las islas animadas
promontorios de escamas y de espinas,
(ballenas digo), de mi voz forzadas
cubrirán esas olas cristalinas,
y desde ellas poblando estas arenas
alistaré caimanes y ballenas.
No están de mis conjuros,
los astros, los planetas, tan seguros,
que, si los doy un grito,
no truequen por mis plantas su distrito.
Escalas pongo al cielo;
sobre los vientos vuelo
y á imitación del sol (que al Indio admira)
mi agilidad (como él) los orbes gira.
¿Espantaréte agora
(si esto te certifica la experiencia)
que quien registra cuanto su luz dora
tenga noticia de cualquiera ciencia,
y hablando en todas lenguas, tus vocablos
pronuncie?

CARAVAJAL.

Calepino sois de diablos;
mejor labráis en hablas que en la aguja.
Mas ¿cómo no sois vieja siendo bruja?

MARTESIA.

Francisco, tu valor...

CARAVAJAL.

¿También mi nombre?

MARTESIA.

Caravajal, tu patria te intitula
tu valor, pues me hechiza, no te asombre
si vieres que mi amor por él te adula.
Sé las hazañas grandes
que en Navarra, Milán, Sajonia y Flandes
sirviendo al quinto Carlos te eternizan;
cuando lo hechizo todo éstas me hechizan.
Las paces sé de Europa,
y por ser tu profesión la guerra
el mar del Norte favorable en popa,
nuevos orbes te ofrece, nueva tierra,
y los tales del Sur atropellando,
fama, más que metales, vas buscando.
Quédate aquí, serás mi esposo y dueño;
haré por causa tuya,
que la ley rigorosa se destruya
de esta región, y su infecundo empeño.
Gozarán, por mi amor, las amazonas
el tálamo, hasta agora aborrecido;
sepultará crueldades el olvido.
El cuello rendirán las amazonas
al apacible imperio
de amor que hasta aquí fué su vituperio.
Todo esto cesará, si satisfaces
los castos deseos míos;
eterna paz tendrás, si estimas paces;
si guerra anhelan tus bizarros bríos
canoas y piraguas
te cubrirán las fugitivas aguas
de ese jayan monarca de los ríos;
conquistarán en ellas
provincias comarcanas,
ejércitos armados, de doncellas,
tan exentas de amor cuanto inhumanas.
La Reina y yo (español) somos hermanas:
ella el título goza solamente,
yo, el uso y el gobierno.
Francisco, la ocasión logra, presente.

CARAVAJAL.

Señora comisaria del infierno:
no acepto matrimonios
en que entran á la parte los demonios.
Vuesa merced predique
esa secta en Marruecos, ó en Mastrique
y defiéndase agora
(trayendo contra mí diablos de esgrima)
veremos si con ellos me enamora.

MARTESIA.

Pues guárdate de dar la vuelta á Lima;
que por cruel y á mis suspiros falso
perderás la cabeza en un cadalso.

CARAVAJAL.

Desdorara su fama si no fuera

su oficio bruja, fondo en agorera.
Haga (para escaparse) algún conjuro;
que, ni presagios creo,
ni me asombran peligros que no veo,
ni los diablos alcanzan lo futuro.

MARTESIA.

¡Oh, loco presumido!
¿Luego imaginas de la oferta mía
que en lugar de afición es cobardía?
Aguarda, pues, grosero, inadvertido.

CARAVAJAL.

Bruja tahir, con brindis de marido
(Petean.) probad de estos requiebros si soy tierno
que yo os daré despachos al infierno. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen DON GONZALO, defendiéndose con una mano herida y MENALIPE peleando con él.

MENALIP. Acaba ya de rendirte
pues rehusas ofenderme.GONZALO. Ardides han de valerme
cansado de resistirte.*(La rodela al pecho cierra con Menalipe y quitata las armas.)*

MENALIP. ¿Qué haces hombre?

GONZALO. Desarmarte

de superfluos instrumentos.

¿De qué sirven los violentos

si puedes aprovecharte

de esos ojos soberanos,

que, apacibles homicidas,

abrasando, quitan vidas,

victoriosos, quitan manos?

Hacha de armas ¿para qué,

si en vez de hachas, miro en ellos

dos soles de incendios bellos

en que, Fénix, me abrasé?

Para que triunfes de España

las flechas y el arco deja.

¿No es arco en ti cada ceja?

¿No es arpón cada pestaña?

Ése de azabache, bello

monte (que mi asombro alaba)

¿de rayos no es una aljaba?

¿no es flecha cada cabello?

¿Pues qué más armas pretendes,

si en fuego y nieve deshecho,

lo que hielas con el pecho

con las mejillas enciendes?

Enfrena severidades,

pues que con armas prohibidas,

cuando das al deseo vidas

das muerte á las libertades.

MENALIP. Si supieras cuan de acero

tengo el alma (que hasta agora

mentiras de amor ignora)

no engañaras lisonjero.

Palabras desaprovechas,

saca la macana oculta

y con ella me consulta

tu amor, que si anda con flechas

el que vuestra España os pinta,

para engañar simples damas

sin que temamos sus llamas,
nuestra profesión distinta
por Dios adora al desdén.
Pues si en contrarios extremos
á los hombres nos comemos,
¿cómo los querremos bien?
Carne humana es el manjar
que alimenta nuestra vida.
Pero, ¿de sangre teñida
la mano?, me haces dudar
que estás herido.

GONZALO. El amor
que en las venas predomina
por ésta el alma encamina
para admirar tu valor.
Y en fe de ser más que humano
rindiéndote estos despojos,
no contenta con los ojos,
te sale á ver por la mano.

MENALIP. Ponte en ella este listón
con que restañarla puedas,
que, á falta de vuestras sedas
las teje acá el algodón. (Dásele.)

GONZALO. Mucho de mi tierra sabes.

MENALIP. Menos quisiera saber
de ti, para no temer
la pérdida de las llaves
de un pecho, hasta aquí diamante.
¡Ay, Gonzalo! meses ha
que en él retratada está
tu imagen, tan semejante
en las llamas que encendí,
que no añadió novedad
tu vista en mi voluntad
cuando amor te trujo aquí.
Quise refrenar ardores
de mis ciegos desatinos,
tan nuevos y peregrinos
como lo son los temores;
por eso salí á ofenderte,
si bien, cuando peleaba
cada golpe que te dada
era para mí de muerte.
Defendistete sin armas;
más ¿para qué las querías
si hechiceras cortesías
tienes, con que me desarmas?
Muda el nombre á mi rigor;
llámale amantes extremos,
pues que los dos padecemos
tú la herida y yo el dolor;
y escucha, porque te asombre
la noticia que tu fama
por estos orbes derrama.
Sabrás como sé tu nombre,
tu patria, tu nacimiento,
tus aventuras extrañas,
el triunfo de tus hazañas,
y valor; estame atento.
Mas ha de trescientos siglos
que de las Scitias remotas,
la Asiática y la Europea,
salieron de la Europa
á apoderarse de la Asia
las naciones belicosas
de cuyos troncos y líneas
si no ramas somos hojas.

Despoblaron por la guerra
los varones, las montuosas
provincias que baña el Tanais
y el Termodonte corona
sin hombres, pues nuestra patria
quedaron en su custodia
las mujeres, bien seguras
de que ajenas plantas pongan
en sus límites sus sellos,
porque á la fama le consta
que sólo distinguió el sexo
sus hombres de sus matronas.
Aquéllos, pues, divididos
por el Asia en varias copias,
sujetaron desde Armenia
hasta la India y sus aromas
cuantas naciones osaron
resistirse á las heroicas
violencias de su milicia,
tiranzando coronas
y despoblado ciudades,
siendo contra sus victorias
lo que á las llamas la cera
las Menfis y Babilonias.
Señores ya del Oriente
pacíficos en su zona,
y felices sus conquistas,
quisieron que sus esposas
presentes participasen
delicias que no se gozan
mientras distintas las almas
la unidad no las conforma.
Enviaron á traerlas
un ejército (en la flota
que al Archipiélago hurtaron
llena de presas y joyas)
y el mar con ellos humilde,
(que tal vez hacen lisonjas
á la dicha y la fortuna
como á los hombres las olas)
tomaron tierra en su patria,
poblándose nuestras costas
de arrogancias y laureles
al son de cajas y trompas.
Pero, como acostumbradas
las mujeres, por sí solas
al imperio de su gusto,
exentas de las argollas
que anudó naturaleza
al cuello frágil que doman
opresiones varoniles,
(pues si alegran aprisionan)
por no asegundar coyundas
rebeldes las armas toman,
soberbias al campo salen,
valientes el parche locan,
horribles los arcos flechan,
resueltas dardos arrojan,
ingratas su sangre asaltan
bárbaras sus dueños postran,
cruelles escuadras turban,
diestras desbaratan tropas,
hambrientas cuerpos derriban,
severas miembros destrozan;
y en breve tiempo, verdugos
de su carne y gente propia,
viudas por sus manos mismas,

triunfando á su casa tornan.
Erigen, después, un Templo
á la crueldad, y por diosa
libando la sangre humana
con sacrificios la adoran,
estableciendo preceptos
(que hasta hoy ninguna deroga)
de no admitir en sus tierras
hombre que sus leyes rompa
y su libertad oprima.
Sólo en los meses que adorna
de flor Amaltea los campos
y el sol al Géminis dora,
de la nación más cercana
tantos varones convocan
cuantos basten á suplir
las que la muerte nos roba,
sucedíendolas fecundos
individuos, que antepongan
al gusto la libertad,
siempre en los nobles preciosa.
Los que mujeres no nacen
desde el pecho á las congojas,
desde la cuna á las aras,
desde la luz á las sombras
(siendo su madre el ministro)
filos al acero embota,
y al simulacro dedica
blanca sangre en leche roja.
Pero, la que sale á luz
hembra feliz, alborozada
con regocijos el pueblo,
conduciéndola la pompa
festiva, al templo y sus aras,
donde la queman, ó cortan
el pecho izquierdo, que el arco
el noble ejercicio estorba.
Creció á número infinito
la República matrona,
(que la templanza en la Venus
más fértiles frutos logra)
y conquistando provincias
comarcanas, las remotas,
siempre invencibles debelan,
hasta que el solio colocan
de su imperio formidable
en la ciudad, que ambiciosa,
al orbe leyes impuso
y el cielo escalar blasona.
Si antigüedades leiste
¡oh Gran Pizarrol no ignoras
qué ocuparon sus laureles
tantos reinos como historias.
Lampridia y Martesia, reinas
hicieron temblar á Europa,
Orisia y Pantasilea
aseguraron á Troya,
que no llorara cenizas
viviendo ella, si patrona
de Aquiles, que la dió muerte,
no fuera la ciega diosa
esta (que de la hacha de armas
y la rodela, inventora
fué) vinculó en Menalipe
hazañas que á Grecia asombran;
pues abrasando el milagro
que Epheso á Cintia invoca

en oprobio de los griegos
dió llantos al Asia toda.
Monarca del orbe, en fin,
triunfaban las amazonas,
cuando en Atenas Teseo
les obscureció victorias,
venciéndolas su fortuna
(no sus fuerzas, que envidiosas
hasta hoy tiemblan las esferas
que en sus luces los pies pongan).
Armáronse á la venganza
las que en Scitia belicosas
quedaron, y al elemento
de sal, una armada arrojan
de innumerables preñeces;
pero enojándose el Bóreas
de que le surquen sus quillas,
riscos de cristal abordan
por todas partes los leños
donde oprimidos zozobran,
porque en tumbos de vidrio
celebre el valor sus honras.
Las reliquias derrotadas
sin que aproveche la sonda,
sin que el timón obedezca
ni el arte velas recoja,
siguen incógnitos rumbos,
y sin saber su derrota,
piélagos un mes naufragan,
hasta que al fin los emboca
por ese monstruo de ríos,
ese hidrópico que agota
pecheras inmensidades
que pródigo al mar otorga.
Cincuenta leguas de anchura
le miden entrambas costas,
cuando besa los umbrales
de las océanas ondas.
Venciendo, pues, con la industria
las Argonautas heroicas,
horribles dificultades,
guían las brumadas proas
trescientas leguas arriba,
hasta la ribera hermosa
de esta provincia, que oculta
les feria el puerto que toman.
Fundan pueblos, labran campos,
República y Reino forman
y prosiguiendo sus leyes,
inclitas progenitoras
fueron nuestras, conquistando
sus descendientes famosas,
cuantas naciones vecinas
sus montes y valles moran.
Esta es mi antigua ascendencia;
en mis sienas su corona
veneraciones conserva:
quien á Menalipe nombra,
(que es mi fatal apellido)
la rodilla al suelo postra,
y como á casi deidad
pone en la arena su boca.
Martesia, sacerdotisa
y mi hermana, prodigiosa
en las armas y en las ciencias,
la diadema de estas goza,
tan sabia, que si conjura

esas aguas, esas rocas,
esos frutos, esas plantas
los fuerza á que la respondan
y avisen de cuanto pasa,
desde la adusta Etíopía
hasta la helada Noruega,
que el sol seis meses ignora.
Esta, pues, diversas veces,
de la nación española
ponderándome noticias
y refiriéndome historias,
me avisó de tus hazañas,
tu prosapia generosa;
el valor de tus hermanos,
las conquistas que los nombran,
si en guerras de Italia Aquiles,
Alejandros de la zona,
que dándoles otro mundo
su globo por medio corta.
Sé del Marqués don Francisco
las hazañas peligrosas,
la constancia en los trabajos
el celo á la ley que adora,
la lealtad para sus reyes
y que á sus plantas les postra
mil leguas, todas de plata
y un océano de aljófar.
Sé que en España la envidia
bárbaramente aprisiona
al inclito don Fernando,
(que así se premian victorias)
después de haber defendido
seis meses de inmensas copias
la imperial ciudad del Cuzco,
á pesar de la ponzoña
de la hidra desleal
cuyas cabezas destronca.
Sé, en fin, que buscando fama
vienes, español, agora,
en nuestro descubrimiento
y de las plantas preciosas
que la canela tributan,
y por estas tierras toscas,
á las que el Maluco esquilma
imitan en flor y en hojas.
Aquellos doce desvelos
que las fábulas pregonan
de Alcides, son, con los tuyos,
lo que en el Sol es la sombra;
celebraránlos las plumas,
serán al mundo notorias
y á eternas posteridades
darán materias gloriosas,
si en esta región te quedas,
si el paso atrás no revocas,
como á mi amor satisfagas
como á mi fe correspondas;
pues si al Perú das la vuelta
riesgos mortales convocan
la deslealtad y la envidia
que á tus virtudes se opongan.
Llevóte el falso pariente
el bajel, tesoro y ropa,
¿sin él como vencerás
(cuando por los montes rompás
imposibles formidables)
ya en la tierra, ya en las olas,

de ese casi mar inmenso?
Admíteme por tu esposa;
derogáranse mis leyes,
juzgáranse venturosas
á tus piés, estas provincias;
diamantes que al sol se opongan
te rendirán esos cerros;
perlas, (almas de sus conchas),
á montes la plata pura;
el oro á cargas que brotan
esos ríos, esas fuentes;
esmeraldas, pluma, aromas,
y un alma nunca rendida
que dueño te reconozca.
GONZALO. Á la obligación que labras
en mi agradecido pecho,
para quedar satisfecho
no he de pagarte en palabras.
Querrá el cielo que algún día
me desempeñen las obras;
y entretanto que no cobras
serás acreedora mía.
De los quinientos soldados
que leales me siguieron,
más de doscientos murieron
en guerras y en despoblados.
De cuatro mil indios dejo
cadáveres la mitad;
llámame la mucha edad
del Marqués, que solo y viejo,
entre envidiosos y extraños,
necesita mi presencia,
porque mal, sin mi asistencia,
podrá reprimir engaños.
De codicias y ambiciones,
mi hermano en España preso,
si sucede algún exceso,
culparán mis dilaciones.
El capitán Orellana
con mi bergatín se alzó
y desnudos nos dejó;
(deslealtad torpe y villana),
no llevará bien mi gente,
si tus finezas admito,
el no dar la vuelta á Quito.
Seis meses he estado ausente;
dejaron sus prendas caras
hijos y esposas en ella,
juzga, tú, amazona bella,
cuando de mi te apartaras
y mi amada esposa fueras
para no volverme á ver,
qué extremos habías de hacer,
qué pesares padecieras.
Para casarme contigo
eres de contraria ley;
vengo en nombre de mi Rey,
leal sus órdenes sigo.
Esta bélica región
por dueño suyo te adora;
si te doy la mano agora
tendrá la envidia ocasión
de afirmar que me levanto
contra mi Rey, con la tierra.
La lealtad que en mí se encierra
es de suerte, obliga á tanto,
que á tu afición contradice;

porque la honra y su interés
no estriba tanto en lo que es
como en lo que el vulgo dice.
Yo voy tan enamorado
de ti, y tan reconocido
que jamás podrá el olvido
borrarte de mi cuidado.
Volveré, mi Menalipe,
á tus ojos brevemente
con armada y con más gente;
tendrán Carlos y Felipe,
noticia de tu valor.
Licencia les pediré
para que el alma te dé
con la mano; y el amor,
(uniéndonos en sus lazos)
hará mi dicha inmortal:
admite agora, (en señal
de mi palabra) estos brazos.
Adiós, que es fuerza el volverme.
MENALIP. Gonzalo mira lo que haces;
goza aquí seguras paces,
que has de perderte y perderme.
Ya el Marqués, tu hermano... ¡Ay
No te quiero referir [cielo]
tragedias que has de sentir
más que la muerte. El recelo
de tus pesares refrena
con el silencio mis labios;
que hace á quien te adora agravios
quien le antecede la pena;
dígalos la fortuna
sin que yo los anticipe.
GONZALO. Bellísima Menalipe,
no siento agora más de una,
que es el partirme y dejarte.
MENALIP. Pues si mi vida deseas
escucha avisos; no creas
los que lleguen á adularte;
por que hallarás infinitos
que tus dádivas disfrutan
y en el peligro te imputan
sus traiciones á delitos.
No todo lo que es brillante,
riqueza al avaro ofrece;
oro la alquimia parece,
vidrio hay que imita al diamante.
La luz que una antorcha feria
al sol competir procura,
más sólo su llama dura
lo que dura su materia,
Escarmientos te propone
el sol, á quien salvas hace
el ruiñón, cuando nace,
y huye de él cuando se pone.
Tal vez dora la experiencia
un bronce, una piedra, un leño,
que engaña al que no es su dueño;
oro sólo en la apariencia.
Huye amigos afectados,
cuando lisonjas te ofrezcan;
que aunque fieles te parezcan
en vez de oro son dorados;
y mira que has de volver
á mis ojos brevemente.
GONZALO. ¡Discreta, hermosa, valiente:
y todo en una mujer!

Cuando solo interesara
esos divinos consejos,
de las escuelas espejos,
reinos por ellos dejara.
Adiós, prodigioso extremo
del orbe.

MENALIP. ¡Adiós, mi Español!
¡Ah cielos! ¡Ah eterno sol
desmiente males que temo! (Vanse.)

ESCENA V

Salen DON DIEGO DE ALMAGRO y GARCÍA DE ALVARADO.

DIEGO.

Quien el consejo y parecer que sigo
contradijere (ó envidioso ó loco)
busca mi mal con máscara de amigo,
ó el bien que se me ofrece tiene en poco.
La fortuna me llama, yo la sigo;
derecho al Perú tengo; si provocho
á España y á su Rey, España intente
quitarme la corona de la frente.
Vengué á mi padre, con la justa muerte
del ingrato Marqués, que no hizo estima
del noble estado, la dichosa suerte
á que por él su nombre se sublima.
Si en el Cuzco imperial su hermano vierte
sangre que me dió el ser, yo vierto en Lima
la que apoyó su bárbaro consejo:
Fénix renazco de otro Fénix viejo.
Cuatro Pizarros pudo Extremadura
hacer que en el Perú se atravesasen
al paso del valor y la ventura
de mi padre y al Cuzco le estorbasen.
Consigo se llevó la sepultura
la Pizarra mayor, porque apoyasen
pronósticos del nombre sus sucesos;
losas Pizarras son, sepulten huesos.
Ya estamos libres de ésta. Juan Pizarro,
(el menor de los cuatro) en primavera
cedió á la muerte el ánimo bizarro,
que, á ser más cuerdo, dilatar pudiera.
No siempre á las coyundas ata el carro
de Marte la osadía, ni muriera
si al combatir la máquina enriscada
cubriera su cabeza la celada.
España al homicida, oprime preso,
de mi padre, en la Mota de Medina;
litigará el rigor contra su exceso
si el oro tribunales no arruina;
mientras Gonzalo, con fatal progreso,
las márgenes remotas examina
del Marañón, que al mar gigante vuela
y por sus riscos busca la canela.
Si de cuatro me mata la fortuna
los dos hermanos, y los dos me ausenta,
¿quién queda en el Perú, que á la oportuna
ocasión que me llama, pida cuenta?
Destinóme el valor desde la cuna
al solio occidental; si en él me asienta
el cielo por Monarca de los Andes,
grandes hazañas piden, riesgos grandes.
¡Vive el cielo, que el que...

GARCÍA. Creo
que soy á quien amenazas;
mal mis consejos abrazas,

peor pagas mi deseo.
Nunca yo tuve por bien
la torpe conjuración
que contra el mayor varón
que todos los hombres ven
hiciste, pues si su hermano,
tan experto en la milicia,
le mató, fué por justicia,
no á traición, no por su mano.
Preso en España defiende
su causa contra fiscales
por la envidia criminales;
el César Carlos pretende
satisfacer agraviados,
mas no oprimir inocentes;
Consejos y Presidentes
miran desapasionados
culpas, que atentos castigan;
servicios, que cuerdos premian;
las armas (puesto que apremian)
pocas veces sé que sigan
sin ímpetu la templanza;
pues cobra satisfacción,
la vara con la razón,
la espada con la venganza.
Ya que ésta al Marqués mató,
y el más poderoso quedas
con los tesoros que heredas
de cuantos España vió,
templa (don Diego de Almagro)
incendios que solicitas;
mira que te precipitas.
DIEGO. Tuviera yo por milagro
que no fueras extremeño,
como en la patria, en querer
el crédito defender
de un...

GARCÍA. Paso, que mi dueño,
gobernador y caudillo
de estos reinos, es Marqués.

DIEGO. Di que lo fué, no que lo es.

GARCÍA. Pregúntaselo á Trujillo,
y en ella á los nobles todos;
pues los que valor profesan
generalmente confiesan
que desciende de los godos.
Italia, Francia, Navarra,
de su padre el Capitán
don Gonzalo, te dirán
lo que es la sangre Pizarra.
Don Fernando y don Francisco
(primero que estos países
conquistasen), Flor de Lisés
postraron; si el basilisco
de la envidia, en su desdoro,
veneno á verter empieza,
advierte, que no nobleza
buscaron aquí, sino oro;
y que la que te dejó
tu padre, el Adelantado,
en el Perú la ha medrado.
DIEGO. Luego no en España?

GARCÍA. No;
que España ignora quién es;
pues á la puerta le echaron
los padres que le engendraron,
de la iglesia, y fué después

hijo de la compasión
de un sacerdote (llamado
Hernando Luque), y criado
de limosna en Malagón.
Ya yo sé que estas verdades
la vida me han de costar;
pero yo he de conservar,
como noble, las lealtades
que me han dejado en herencia
mis padres, y he de imitarlos.
No reina aquí sino Carlos;
quien se atreve á su obediencia
mancha su fidelidad.
García soy de Alvarado
que sabré en el campo, armado,
defender esta verdad. (Vase.)

ESCENA VI

DIEGO.

¡Maldel! ¡Cerrad las puertas!
¡Vive Dios, que he de agotar
estos Pizarros, y dar
á pasiones descubiertas
castigo que al mundo espantel
Con la hacienda que gastó
mi padre ¿no se ganó
todo el Perú? ¿Qué ignorante,
esta verdad no confiesa?
¿Pues por qué el Emperador
ha de ser usurpador
de lo que sólo interesa
quien su hacienda y sangre gasta?
En vez de mi padre, quedo,
su acción y derecho heredo;
éste me sobra y me basta
para el Imperio que busco
y el valor ha de adquirir.
Pues, pensamientos, morir
ó coronarme en el Cuzco.
(Tocan á rebato.)
Pero ¿qué rebato es éste?

ESCENA VII

Sale JUAN VALSA desnuda la espada.—DICHOS.

VALSA. ¡Ea, valiente mancebo!
al arma, que se avecina
hoy, ó tu muerte ó tu Imperio.
El Presidente y su campo,
(que consta de setecientos
y más hombres, entre infantes,
jinetes y arcabuceros)
pasa de Jauja á Guamanga,
y haciendo alto en el ameno
valle (que llaman de Chupas),
viene animoso y resuelto
á presentar la batalla.
Los mejores caballeros
del Perú siguen su campo;
difícil será romperlos.
Garcilaso de la Vega,
Pedro Anzures y otro Pedro
de Vergara, Holguín, Tordoya,
Francisco Castro, Barrientos;

don Alonso de Alvarado,
cuyo valeroso esfuerzo
levantó en las Chachapoyas
banderas, por Carlo excelso.
General Vaca de Castro;
Maese de Campo diestro,
Francisco Caravajal,
(que del Marañón volviendo,
con don Gonzalo Pizarro,
ya que éste por el precepto
del Presidente en Trujillo
se queda) viene á su ruego
á gobernar todo el campo,
y tengo de él más recelo
que de todo lo restante.
Pero si destina el cielo
que salgamos vencedores,
ni el número ni el acero
se oponen á la ventura,
no obstante que te aconsejo
si desfalleces agora
que te presentes con tiempo
á la piedad que te ofrece
Vaca de Castro. No demos
ocasión á que te infame
por traidor la voz del pueblo.
DIEGO. Juan Valsa; sólo el vencido
(Saca la espada.)

es el traidor; los excesos
del vencedor canonizan
lealtades. ¡Al arma! ¡ellos!
VALSA. ¡Oh, siempre merecedor
del laurel!

DIEGO. Ese pretendo,
Juan Valsa. ¡O César, ó nada!
¡O el cuchillo, ó el Imperio!
(Tocan y vanse.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen marchando VACA DE CASTRO con bastón,
FRANCISCO CARAVAJAL, DON ALONSO DE ALVARADO y
SOLDADOS.

VACA. Este fin tienen traidores,
para escarmentar leales.
ALONSO. Quien con pensamientos reales
y juveniles ardores,
rehusó la cerviz al yugo,
blasonando libertalla,
si muriera en la batalla
y no á manos del verdugo,
más dichoso hubiera sido.
VACA. No es segura esa opinión;
pues para la salvación
que don Diego ha conseguido,
según sus demostraciones,
no le diera la milicia
el lugar que la justicia;
por que airados escuadrones,
que el riesgo á los ojos ven
difícil de resistir,

siempre ayudan á morir,
pero nunca á morir bien.
Yo (Capitán) no recelo
que de los que sentenciados
padecen, (aunque afrentados)
los más asegure el cielo;
mas no á los que en las violencias
marciales muertos quedaron,
porque tarde se hermanaron
venganzas y penitencias.
CARAVAJAL. Yo soy de ese parecer;
porque ¿qué se le dará
al cielo (si en gracia va
quien le supo merecer)
de que haya en un palo muerto,
en la guerra ó en la cama?
Para el cielo, no hay más fama
que el bien morir.

VACA. Eso es cierto,
como lo será también
el premiar su Majestad
el valor y la lealtad
de los que firmes estén
en su servicio, y yo agora,
(en su nombre agradecido)
honraré á cuantos han sido
de nuestra parte; no ignora
el noble merecimiento
á fuer de la sangre ingrata.
Todo este Imperio de plata,
indios y repartimientos
no pueden satisfacer
lo mucho de estos empeños;
pero llamándoos sus dueños
tendrán menos que temer.

ESCENA II

Sale TRIGUEROS.—DICHOS.

TRIGUER. Parabienes llega á darte
de la victoria adquirida
Gonzalo Pizarro.

VACA. Pida
triumfos que apetezca Marte,
como el soldado mayor
que ha visto este polo nuevo.

ESCENA III

Sale DON GONZALO, de luto.—DICHOS.

GONZALO. Por muchas razones debo
encarecer el valor
que hace dichoso este día;
pues el Perú restaurado;
mi hermano, el Marqués, vengado
postrada la tiranía
y premiada la lealtad,
vuelve á ser dueño segundo,
Carlos, de este nuevo mundo,
y debe su Majestad,
preciarse de la elección
que ha hecho en vuesañoría,
pues solamente podía
su celo, su discreción,
siendo capitán y juez,

VACA.

en la campaña, soldado,
y en el tribunal, letrado,
mostrar que suele tal vez
(porque Marte no presume
enemistades de Apolo)
juntar un sujeto solo
al laurel la espada y pluma.
Si yo, señor D. Gonzalo,
no hubiera reconocido
emulador advertido,
que á su valor no me igualo,
Vuesa merced crea en mí
que nunca le suplicara
que esta empresa me dejara;
hicelo, porque advertí
que llevándose la gloria
(como en las demás ha hecho)
no hubiera yo satisfecho
deseos con la victoria
presente, que á hallarse en ella
quedara mi opinión triste;
porque donde el sol asiste
¿cómo alumbrará una estrella?
Este luto que ocasiona
el Marqués gobernador,
desdice con su color
la fama que le corona;
pues muriendo en la defensa
de su gobierno y su ley,
de su lealtad y su Rey,
poco le estima quien piensa
que con tristezas señale
el dolor que manifiesta;
si se vistiera de fiesta,
si la ostentación y gala
publicaran su valor,
mostrara que en trance igual
no vive más el leal
de lo que quiere el traidor.
La cruz que hizo en el postrero
curso de su heroica vida,
sacándola de la herida
que abrió el desleal acero,
autorizó la que al pecho
el César Carlos le puso,
pues católico dispuso
en las conquistas que ha hecho
el laurel que eterno gana;
que, en quien triunfos apetece,
más noble la cruz parece
de sangre, que la de grana.
Vivo, imitó á Dios humano,
pues con doce compañeros,
conquistadores primeros
de este orbe nuevo cristiano,
mil leguas rindió al bautismo;
y porque del propio modo
pudiese imitarle en todo
quiso morir con él mismo.
Pues la envidia, en su venganza
sin que eclipsase su luz
le dió en su sangre la cruz
y en su Dios la semejanza.
Si esta verdad, pues, advierte
vuesa merced, ¿de qué fruto
será que le agravié el luto?
Envidie el leal su muerte

y festéjela bizarro
quien su valor acredita,
pues el Marqués resucita
en don Gonzalo Pizarro.
CARAVAJ. ¡Vive Dios! que es eminente
vuesefloria, señor,
en todo: predicador,
capitán y presidente.
Uselo ¡cuerpo de tall!
predique, hará maravillas,
y ahorraráse de espillas
el Perú.

VACA. Caravajal,
vos habláis como soldado,
mezclando burlas y veras;
sabéis abatir hileras
y ordenar un campo armado.
Esta victoria se os debe
y está á mi cargo el premialla.
Vuestro acero en la batalla,
mientras osado se atreve
á los riesgos ¿no predica?
Si, que las grandes acciones
también sirven de sermones
cuando el valor las practica.
Con sus hechos, cada cual,
el crédito pierde ó cobra;
bien predica quien bien obra,
pero mal quien obra mal;
y porque saber desee
la prodigiosa jornada
(puesto que no afortunada)
de la canela, y os veo,
como en las armas bizarro,
en la paz entretenido,
que nos la contéis os pido,
pues triunfos de tal Pizarro
justo es que los celebremos.

CARAVAJ. Si hazañas pulpitos son,
y á mí me toca el sermón,
obediencia, y prediquemos.
Deseoso de ensanchar
la cesárea monarquía
de España, el marqués Pizarro
renunció (asistiendo en Lima)
en don Gonzalo el Gobierno
de Quito, cuyas provincias
eran el límite entonces
de las cristianas conquistas.
Dióle quinientos soldados
de la gente más lucida,
que alistó, para estos orbes,
el valor y la codicia.
Con ellos, pues, y su esfuerzo
hacia el Oriente encamina
cuatro mil Indios armados,
y alegres con la noticia
de que pasadas las sierras,
á las márgenes y orillas
del monarca de las aguas,
de esa undosa hidropesía
que tantos Nilos se sorbe
y por mil leguas desliza
pielagos de inmensidades
potable su oro en almíbar.
Marañón le dan por nombre;
(perdone vuesefloria

si excedo ponderador;
porque agora no se estiman
discursos en canto llano
mientras no se hiperbolizan;
que, vocablos con gueudejas,
son los que el vulgo autoriza).
Digo, pues, que codiciosos
con la fama recibida
de los árboles canelas
que aquellos peñascos crían,
marchamos al son del parche
hasta una tierra que el Inga
Vaynacap rindió á su imperio,
pienso que se nombra Quinja.
Recibióronnos de guerra;
mas cuando ven que los brindan,
en vez de vino y jamones,
confitones de Castilla,
fantasmas, desaparecen
y en un instante se enriscan
donde, ó el infierno los traga
ó nos bambollan la vista;
porque cuantos en su busca
diligencias exquisitas
hacen, sin topar persona,
tiempo y pasos desperdician.
Apenas, pues, se nos vuelan
cuando aquella noche misma,
conjurándose los cielos
elementos amotinan;
porque la tierra temblando,
de los rayos que granizan
al son de atambores truenos,
tenebrosas culebrinas,
hasta su centro abre bocas
que bostezan ó respiran
diluvios de azufre en llamas,
entre alquitrán y resina.
Como quien se sorbe un huevo
quinientas casas pajizas
se merendó, cual si fuera
tiburón y ellas sardinas.
Tocó después á rebato
el hambre, en la gente viva,
y saliendo á pecorea
nuestro ejército en cuadrillas,
el regalo más sabroso
que nos guisó la desdicha
fué (á falta de gallipavos)
culebras y lagartijas.
Salimos, cual digan dueñas
de aquella región maldita,
y fué escapar de Caribdis
para tropezar en Scila;
porque, el mar del Sur á un lado
y al otro sierras prolijas,
con cuyas cumbres se ahorrara
Nemrot de la Torre Egipcia,
de manera se eslabonan
que la esperanza nos quitan
de proseguir, ni tornarnos,
porque el hambre ejecutiva
nos amenaza á la vuelta;
y atreverse á la subida
de las estrellas, sin alas,
aun pensarlo atemoriza.
Empanados de este modo

en agua y sierras, anima
el gran Pizarro la gente,
y llevándole por guía
trepamos, gatos monteses,
volatines por las picas,
hincando, tal vez, las dagas
por troncos y redendijas,
y tal echando á los ramos
las cuerdas y las pretinas
para guindarnos por ellos;
porque el pobre que desliza,
de risco en risco volando,
de tal manera le trinchan,
que aún no valen sus migajas
después, para hacer salchichas.
Venció, en fin, dificultades
la industria, y subiendo arriba,
el que sudó de congoja
helado, después, tirita;
porque hallamos nieve tanta
que de las escuadras indias,
cantimploras de la muerte
dejamos ciento, en cecina.
Encaramados, en fin,
sobre las candidas cimas
de los Peruleros Andes,
pudimos tender la vista
por infinidad de tierras,
cuyas poblaciones ricas,
templos, palacios y casas
nos parecieron hormigas,
y bajando (con los ojos
en los pies) catorce días
gastamos en vericuetos,
ya á gatas, ya de cucullas.
Dimos en un valle, al cabo,
que el Marañón fertiliza,
de yucas y de maizales,
cuyas gentes se apellidan
Zumacos, donde un volcán
sobre una sierra vomita
cerros enteros de llamas,
la vez que se encoloriza.
Alojámonos en él
haciendo que nos reciban
á puros escopetazos
los bárbaros que le habitan;
donde estuvimos dos meses
que nos duró la comida,
sin que el sol en este tiempo
su cara vernos permita,
ni las nubes tabernerías
cesen de echarnos encima
diluvios inagotables
que hasta el alma nos bautizan.
Cayeron los más enfermos;
porque las ropas podridas
con el eterno «agua va»,
nos dejó en las carnes vivas.
Buscamos temples mejores,
hasta que la apetecida
canela en montes inmensos
descubierta, nos alivia.
Son unos árboles estos
que á los laureles imitan
en las siempre verdes hojas,
con ramas tan presumidas.

que se burlan de las flechas
sin que se oren á sus cimas;
su corpulencia tan grande
que no es posible la cñan
tres personas con los brazos;
su flor blanca y amarilla,
su fruto ciertos capullos
que se aprietan y arraciman
formando mazorcas de ellos
y en cáscaras quebradizas
conservan menudos granos,
que, sembrados, son semilla.
Es su forma de bellotas
y con una virtud misma
raíces, hojas, cortezas,
flor y fruto, se asimilan
en el sabor y substancia
á la canela que cría
el Oriente, y por Europa
Portugal nos comunica.
Hay selvas y bosques de ella;
mas la que se beneficia
y con cuidado se labra
(según los indios afirman)
es mucho más excelente.
En fin, los que la cultivan
fundan su caudal en ella;
porque acuden las vecinas
naciones á su comercio,
y les dan por adquirirla
maíz, algodón, venados,
y mantas con que se vistan.
Crecen de modo estas plantas
que llevándose á Castilla
un árbol solo, pudiera
sazonar cuantas cocinas
tiene la gula en España,
y estarle agradecida
á don Gonzalo Pizarro
que descubrió su conquista.
Pero atrévese á buscarla
como él, quien le tiene envidia
y sabrá (sudando sangre)
á cómo sale la libra.
Volvió el hambre á ejecutarlos;
porque ¿de qué nos servía
faltando el arroz y leche
canela que muerde y pica?
Y andando á caza de gangas,
la necesidad nos guisa
zambos, monos, papagayos,
pericos y catalinas.
En más de doscientas leguas
que caminamos, á vista
del Briareo Marañón,
no hallamos otras delicias
que ñames, agios, papayas,
guayabos, cocos y piñas;
porque iguanas y alcatreces
fuera pedir gollorías.
Llegamos al cabo de ellas
á un salto que precipita
la soberbia inmensidad,
sus aguas todas ceñidas
en la estrechez de dos sierras
que le encarcelan y humillan
tanto, que no hay veinte pasos

de la una á la otra orilla.
Este, pues, con la impaciencia
de que dos cerros le opriman,
doscientos estados salta
y á unos llanos se derriba,
con estrépito tan grande
que las gentes convecinas
oyen su infernal estruendo
distantes de él veinte millas.
Determinamos pasarle
por las angosturas dichas,
juntando á entrambas riberas
una puente levadiza;
y haciendo cortar maderos,
(¿á qué no se determina
el valor necesitado!)
nos dió la industria tal prisa,
que armándola aquella noche,
y de bejucos y pitas,
(hay mucha en aquellos campos)
torciendo sogas rollizas
la atamos el día siguiente,
y á fuerza de ingenio y grita
á la otra banda la echamos
causando á los indios grima.
Proseguimos, en efecto,
aquella costa prolija,
dos meses, cuyos trabajos,
hambres, lluvias y fatigas
han de pasar (si las cuento)
en los que ociosos nos sigan,
sino plaza de novelas
por vislumbres de mentiras,
Pero ¡voto á Dios! señor,
que entre plagas infinitas
que nos brumaron la carnes,
(sus cicatrices lo digan)
cuando sufriéramos solo
enjambres de sabandijas,
murciélagos de á dos varas,
arañas, tábanos, niguas,
mereciéramos coronas
de mártires, á adquirirlas
en los siglos Diodecianos
por la fe y no la codicia.
Mosquitos hay tan valientes
que taladran, cuando pican
una bota de baqueta,
porque son aleznas vivas.
Gegenes hay aradores,
que, imposibles á la vista
dan más dolor, si se ceban
que una azagaya morisca.
Pruébelo quien lo dudare;
que nosotros, hechos cribas,
y en puribus, conquistamos
Mainas, Guemas, Urañías,
Cerbataneros, Cocamas,
Troncheros, Guainos, Paninas,
y otros mil que á la ignorancia
darán (si los nombro) risa.
Resolvióse don Gonzalo
á una cosa, solo digna
de los caprichos Pizarros;
porque temoso fabrica
un bergantín que asegure
los enfermos que peligran,

llevándolos agua abajo
con el fardaje y comida.
Cimentó dos fraguas y hornos;
árboles quema y derriba
con que carbón amontona,
y que le den solicita
las armas de los que han muerto,
cascos, arneses, cuchillas,
herraje de los caballos,
y hasta las propias pretinas
desyerra, forjando luego
todo lo que necesita
un bajel, de esta materia:
¡tanto puede una porfia!
Don Gonzalo era el primero;
que porque todos le sigan,
ya en el taller, ya en la fragua
trabaja; sopla, martilla,
compasa, mide, dispone,
desbasta, asierra, acepilla;
porque en tales ocurrencias
más noble es quien más se tizna.
Bejucos sirven de jarcias,
y la goma que destilan
los árboles de las selvas
suplió la brea y resina.
Para que no falte estopa
mantas de algodón deshilan
que el casco calafatean,
y de las rotas camisas
velas remendadas hacen;
con que logrando fatigas,
al agua, alegres, le arrojan
y en él su remedio libran.
A Francisco de Orellana,
por ser persona de estima,
de su sangre y de su tierra,
su gobierno le confia,
y con cincuenta españoles
lo manda, que á toda prisa
por el Marañón abajo
descubrimientos prosiga,
y que á las ochenta leguas
aguarde porque le avisan
que allí con el Marañón
dos ríos pierden la vida.
Partióse el falso pariente;
y en perdiéndonos de vista,
con el bajel se levanta,
la gente toda amotina,
y al Padre Caravajal,
de la sagrada familia
del mejor Guzmán de España,
(porque de su tiranía
los excesos reprehende)
echa en tierra, y fué harta dicha
que no pereziese de hambre,
pues no comió en cuatro días.
Llegamos al cabo de ocho
por tierra, á la referida
región, y encontrando al fraile
nos cuenta la fuga, indigna
de tal hombre y tal nobleza,
con que en efecto nos pilla
más de cien mil pesos de oro
porque nos dieron las conquistas,
en carnes y sin hacienda.

Juzgue Vuestra señoría
la cara que en los soldados
la pobreza hereje pinta,
que de vinagre las nuestras,
con reniegos y por vidas,
impaciencias desfogamos
(permisión de la milicia),
cuando al querer dar la vuelta,
nos asaltan infinitas
legiones de hembras armadas,
en los rostros serafinas
pero en las obras demonios,
pues tanta piedra lloviznan,
tantos dardos nos arrojan,
tantos flechazos nos tiran
que, si no se enamorara
de la airosa bizarria
de don Gonzalo Pizarro
su hermosa reina ó cacica,
y de mi su bruja hermana,
por Dios que nos desbalijan
de las almas, y que, hambrientas
ó nos asan ó nos guisan;
porque comen carne humana
mejor que nosotros guindas.
Estas son las Amazonas
que las historias antiguas
tanto ensalzan y ponderan,
y allí viven sus reliquias.
Picadas, en fin, las dos
de nosotros, nos convidan
á que su tierra pobleemos,
y de repente nos brindan
con el santo maridage
ofreciéndome la mía,
en dote, cuantos demonios
sótanos de azufre habitan.
Era, aunque hermosa, hechicera
de suerte la diablinfina
que habló en lengua castellana
mejor que las de Sevilla.
Y apretaba el matrimonio;
mas con escusas fingidas,
guarnecidas de requiebros,
don Gonzalo las obliga
á que nos dejen volver
á Quito y que nos permitan
alistar más gente y armas,
jurando que en breves días
tornaremos á sus ojos,
porque alegres nos reciban
no en los puros cordobanes
sino con galas lucidas.
Concedieronlo por fuerza;
y llorando enternecidas,
por otros rumbos echamos:
no me consientan que diga
las desgracias de la vuelta,
pues fueron tan inauditas
que las juzgarán patrañas.
Trujillo se las repita,
que nos recibió esqueletos;
y aunque ropas nos envía,
no quiso nuestro Pizarro
que ninguno se las viera,
sino que para trofeo
del valor que le eterniza